

LECCION VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Roma cristiana. — Las Catacumbas.

Debajo de aquella Roma que se mostraba á la faz del sol como una gran prostituta resplandeciente de oro y púrpura, pero ebria de sangre y asquerosamente manchada de crímenes, existía desde la venida del Pescador galileo una Roma subterránea habitada por algunos hombres del pueblo. Hora es ya de bajar á ella y estudiar á sus habitantes: entremos sin temor en sus negras profundidades, porque estaremos allí en familia, y hallaremos á nuestros padres en la fe, hallaremos cristianos. Este pueblo nuevo, destinado á renovar un día la faz de la tierra, estaba encargado entonces de poner en la balanza de la justicia divina el contrapeso de la masa de iniquidades cuya fatigosa historia acabamos de trazar.

Así pues, la jóven sociedad opone á la infame religion de la sociedad vieja una religion de santidad; á su orgullo infernal, la humildad; á su lujo, la modestia; á sus desórdenes, la templanza y el ayuno; á sus torpezas, la pureza de los Ángeles; á su sed de oro, la pobreza voluntaria; á todos sus crímenes, oraciones y lágrimas, y á sus leyes de odio, de esclavitud y de crueldad, la ley de caridad universal. Antes de desenvolver esta comparacion, estudiemos la nueva Roma. ¡Cosa admirable! lo mismo en Jerusalem que en Roma, la cuna del Cristianismo fué un sepulcro, y del seno de la muerte nació la vida: hermosa imágen de la resurreccion moral del universo por medio del Evangelio.

Pues bien, esa Roma nueva, cuna del Cristianismo en Occidente, son las *Catacumbas*.

Figuraos una ciudad subterránea de varias leguas de extension con sus diferentes barrios designados con nombres ilustres; sus numerosos habitantes de toda edad, sexo y condicion; sus plazas públicas, encrucijadas, capillas é iglesias; sus pinturas, vivo cuadro de la fe y de las disposiciones de las generaciones de que es morada; sus innumerables caminos ó galerías, colocadas unas sobre otras hasta el número de cuatro y hasta de cinco, ora bajas y angostas, ora altas y anchas, ya siguiendo una línea recta, ya inclinándose sobre sí mismas, desapareciendo en todas direcciones, interceptándose, y mez-

clándose como los caminos de un laberinto; y estas galerías, plazas y capillas, iluminadas exteriormente de distancia en distancia por medio de aberturas practicadas en la superficie del suelo, é interiormente por millones de lámparas de barro ó de bronce presentando la forma de una navicilla; en todas partes, á derecha y á izquierda, desde el suelo hasta el arranque de las bóvedas, sepulcros abiertos horizontalmente en las paredes de las galerías; estas mismas galerías tan numerosas y extensas, que si estuvieran puestas en línea recta formarían una calle de trescientas leguas de longitud adornada con seis millones de sepulcros; figuraos allí á los primeros cristianos, nuestros modelos y padres, puros como Ángeles, obligados á ocultarse para sustraerse del contagio y del furor de la vieja sociedad; y ofreciendo con los santos misterios sus oraciones y lágrimas, ya para prepararse al martirio, ya para obtener la salvacion de los soberbios perseguidores cuyas doradas carrozas rodaban con estruendo sobre sus cabezas; figuraos todo esto, entregaos á las emociones de la fe, y os formaréis una idea de las Catacumbas en los días de la Iglesia naciente.

La palabra *catacumba* significa en general subterráneo, cementerio, y se aplica en el lenguaje religioso á las vastas excavaciones donde los primeros cristianos buscaban un asilo contra las persecuciones y enterraban los cuerpos de sus hermanos y de los Mártires. Había catacumbas en gran número de ciudades, como Nápoles, Siracusa, Cartago, Alejandria, etc.¹; pero las de Roma son las mas famosas y venerables, por ser estos inmensos subterráneos obra exclusiva de nuestros padres en la fe.

De la descripcion de las Catacumbas pasemos á sus costumbres. En primer lugar, servían de retiro á los fieles: luego que se lanzaba el edicto de proscripcion, veíaseles abandonar sus moradas, segun el consejo del divino Maestro, y sepultarse en vida en aquellos vastos cementerios, donde, prosternados en torno del sepulcro de los Mártires, pedían unos para otros la gracia de imitarlos; recibían, con un fervor que solo de Dios era sabido, el pan de los fuertes y el vino que hace germinar las vírgenes, y los que no estaban aun bautizados, el primero de todos los Sacramentos; y todos juntos escuchaban con respeto las instrucciones del Obispo, cuyo cuerpo brillaba algunas veces con las cicatrices del martirio. Del mismo modo escuchaban la voz del anciano encanecido por los años los hijos de los Patriarcas, sentados bajo la palmera del desierto.

Hállanse efectivamente en casi todas las catacumbas salas², á veces

¹ Véase sobre la Roma subterránea, pinturas, costumbres y vida de los primeros cristianos, y sobre todo lo relativo á los Mártires, nuestra *Historia de las Catacumbas*.

² Cubicula.

bastante espaciosas, de una forma mas ó menos regular, que solo han podido servir para las reuniones llamadas *Sinaxes*, ó para la celebracion de los sagrados misterios.

Estas salas, por lo regular privadas de luz exterior, estaban iluminadas por medio de *lámparas* que pendian de la bóveda, y de las cuales se han hallado algunas en su sitio en estos últimos tiempos; otras veces las lámparas estaban puestas en pequeños nichos que se encuentran tambien á centenares. Algunas de estas salas recibian la luz por una abertura de la bóveda que daba al campo ¹. Hay ejemplos de cristianos precipitados vivos en los subterráneos de Roma por estos agujeros, y que hallaban de este modo la muerte en las mismas catacumbas donde les esperaba la sepultura.

Sin embargo, aquellas salas abiertas en las Catacumbas con respiradero exterior ó sin él, necesitaban estar iluminadas por la claridad de las lámparas para que pudieran cumplirse á todas horas los deberes de la piedad y los misterios de la Religion. Este es el origen de la inmensa cantidad de lámparas halladas en las Catacumbas, é indudablemente tambien ² de la costumbre que se ha conservado en la Iglesia de los *cirios encendidos* para la celebracion de los santos oficios; costumbre venerable que aun en el día recuerda, en una época desde la cual tantos siglos hace que el Cristianismo profesa su culto á la claridad del sol, aquellos siglos de pruebas y de miserias en que se ocultaba en las oscuridades de la tierra.

Aparte de las salas mas ó menos espaciosas, abiertas en la toba, algunas veces con gradas en rededor para la multitud de los fieles, y de asientos arrimados á la pared principal y destinados para el Pontífice que presidia la reunion, y con columnas de la misma piedra toba que sostienen la bóveda, se ven en las Catacumbas pequeños edificios en parte abiertos y en parte construidos, los cuales indudablemente nos presentan los primeros modelos de iglesias cristianas que se han conservado en la tierra.

Existen tambien en los parajes de las Catacumbas donde se han hallado fuentes y cisternas, vestigios que prueban que estos sitios sirvieron para la administracion del Bautismo ³. Ellos serán, pues, los baptisterios primitivos, así como los templos subterráneos de que acabamos de hablar nos ofrecen los primeros modelos de basílicas modernas. Finalmente, se hallan en las Catacumbas salas que, segun su forma y la índole de las pinturas que las adornan, parece evidentemente que sirvieron para celebrar los inocentes banquetes llamados *Agapes*. Así pues, el uso principal de las Catacumbas fué dar un asilo

¹ Cubicula clara.

² Mr. Raoul Rochette, *Cuadro de las catacumbas*, pág. 50; Prudencio, *Peristeph. hymn.* 2; san Paulino de Nola, Poema XVIII, v. 96-98.

³ Aringhi, *Roma subterránea*, lib I, pág. 348.

á los Cristianos durante las persecuciones. Fácil es figurarse la vida de privaciones y miserias que llevaban en aquellos albergues tenebrosos impregnados del hedor de los cadáveres, y sin embargo, nuestros padres preferian tanto padecimiento á exponerse al peligro de perder su alma perdiendo la fe. ¡Sublime leccion para sus hijos!

Para alentarlos en sus duras pruebas habian pintado en las paredes, y grabado en los sepuleros, vasos y lámparas, en una palabra, en todos los objetos de su uso, los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento análogos á su situacion. Los que mas comunmente se hallan son los *Tres mancebos en el horno*, *Daniel en la cueva de los leones*, *Isaac en la hoguera*, en los que nuestros padres, sometidos á las mismas pruebas, veian á la vez una imágen de la realidad, un modelo que imitar y un motivo de consuelo y esperanza; *Noé, el arca y la paloma* trayendo en el pico el ramo de olivo, interesante imágen de la Iglesia, que aunque combatida por las persecuciones llegará no obstante al puerto celestial; y del Nuevo Testamento representaban la imágen del Salvador en las situaciones mas propias para proporcionar modelos de virtudes cristianas, imágenes de gloria y motivos de consuelo y esperanza. *Cristo multiplicando los panes, curando al paralítico, restituyendo la vista al ciego, resucitando á Lázaro*; siempre y por todas partes *Jesucristo como buen pastor*.

En lo que constituye la parte puramente de ornato de estas pinturas solo se ven asuntos amables y graciosos, representando *escenas pastoriles, agapes* y símbolos de *frutos, flores, palmas y coronas*. Nuestros padres, únicamente ocupados en obtener la recompensa celestial que les esperaba, en medio de las pruebas de una vida tan agitada y con frecuencia de una muerte tan terrible, no veian en la muerte, y hasta en el suplicio, mas que una senda breve y segura de llegar á la ventura eterna; y lejos de asociar á esta imágen la de los tormentos y privaciones que les abrían el cielo, se complacian en pintarla con risueños colores, en presentarla bajo símbolos amables, y en adornarla con pámpanos y flores, porque así se nos aparece el asilo de la muerte en las catacumbas cristianas ¹.

¡Admirable poder del Cristianismo! Nuestros padres, refugiados en las catacumbas, reducidos á orar sobre sepuleros, incesantemente ocupados en deberes tristes y severos, durante tan larga serie de persecuciones y bajo la influencia habitual de impresiones tan dolorosas, no han dejado sin embargo en aquellos cementerios entre tantos objetos siniestros ninguna imágen de luto, ninguna señal de resentimiento, ninguna expresion de venganza; todo por el contrario respiraba allí sentimientos de dulzura, benevolencia y caridad. « Ó

¹ Véase todo este maravilloso simbolismo explicado en nuestra *Historia de las Catacumbas*. — Véase tambien Mamachi, t. I, pág. 156-164.

» yo me engaño ⁴, ó esta observacion que se desprende tan positivamente del exámen de las pinturas cristianas presenta el Cristianismo primitivo bajo un aspecto tan propio para granjearle el respeto y el amor, como ningun otro de los rasgos de su historia ó de los monumentos de su genio. »

Además de estas pinturas, que se encuentran á cada paso en las calles de la Roma subterránea, como se encontraban en las calles de la Roma pagana las estatuas y los cuadros de las divinidades infames, se ven otras muchas; pues como en la primera época era enteramente oral la enseñanza de la Religion, á ejemplo de los Patriarcas que erigian monumentos que eran testigos perpetuos de los milagros y beneficios con que el Señor les habia favorecido, nuestros padres grababan, pintaban y esculpian todas las verdades de la Religion. Cuando llegaba el caso, los Patriarcas explicaban á sus hijos el origen y la significacion de aquellos monumentos del desierto, y del mismo modo nuestros padres explicaban á sus hijos y recordaban ellos mismos la significacion de las pinturas y esculturas de que estaban rodeados.

Se ven representados en ellas los rasgos principales del Antiguo y del Nuevo Testamento, y se encuentran por todas partes el nombre y la cualidad esencial de Nuestro Señor: está figurado por un pez, porque las letras que componen esta palabra en griego son las iniciales del nombre de Nuestro Señor: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador* ². Representaban tambien bajo diversos simbolos las virtudes cristianas y todos los santos afectos del alma que ama á su Dios: el ciervo, el caballo, el leon, la liebre, la paloma y la vid le recordaban el deseo del cielo, el ardor en el camino de la virtud, la fuerza contra el demonio y el mundo, la prudente timidez, la inocencia, la dulzura y la tierna caridad ³.

Nuestros padres cuidaban sobremanera de que todo lo que les rodeaba sostuviese su valor y alentase su virtud; porque ¿quién lo creyera? no siempre estaban seguros en sus tristes moradas. Apenas se encendía la persecucion, los gentiles se apresuraban á prohibirles la entrada de las Catacumbas, y si á pesar de la prohibicion iban á buscar en ellas un asilo, los perseguidores iban á sitiárlas, les obligaban á salir, y satélites apostados en todas las salidas se apoderaban de aquellas inocentes víctimas y las arrastraban brutalmente á pre-

⁴ Palabras de Mr. Raoul Rochette.

² *Ixθvs*. En sus anillos, medallas y una multitud de otros objetos de su uso se halla este signo , que se compone de las dos letras griegas XP, iniciales de la palabra Jesucristo. Este signo sagrado empieza á reaparecer en algunos objetos de arte modernos, y se ha conservado en Alemania y en Suiza, donde le veis sobre los grabados de piedad, en los altares, etc. Es la traduccion figurada de aquellas palabras del Rey profeta: *Dico ego opera mea Regi*: Dedicó mis obras á mi Rey.

³ Tertul. *Scorpiac.* c. 1, pág. 488; Mamachi, t. I, pág. 169-174.

sencia de los tribunales. Otras veces cerraban todas las aberturas, y los cristianos perecian de hambre y de sed no pudiendo ser auxiliados por los hermanos ⁴. Estos lugares subterráneos, que habian servido para ocultar su vida, ocultaban tambien su muerte; tal es el segundo uso de las Catacumbas.

Hállanse, en efecto, en ellas una multitud de sepulcros; en casi todas las galerías se ven cinco y hasta seis hileras de nichos practicados en la piedra, y destinados á recibir los cadáveres, y algunos solo pueden contener uno, pero otros mayores contienen dos, tres y cuatro ⁵. Allí descansan en paz los restos sagrados de los primeros héroes del Cristianismo, y su fe viva y su tierna caridad respiran en los adornos y en las inscripciones de sus sepulcros ⁶.

Tal era la vida de nuestros padres en las Catacumbas, tales los monumentos que en ellas nos dejaron de su permanencia. Los días de prueba que afligieron á la Iglesia en su nacimiento se sucedieron tan rápidamente, que la Roma subterránea fué la morada habitual de los Cristianos durante tres siglos. En el intervalo de las persecuciones habitaban en medio de los gentiles, en las ciudades y en las campiñas, donde lo mismo que en las Catacumbas esparcían el buen olor de Jesucristo, y retardaban con todo el poder de sus virtudes la caída del Imperio romano ⁷. Venid á nosotros, les decian, ó pereceréis; nosotros somos los herederos de lo porvenir, nosotros tenemos las palabras de vida. El Imperio romano se hizo sordo á su voz, y cuando llegó la hora de la venganza divina, solo fué un vasto cadáver cuyos jirones acudieron á disputarse los pueblos bárbaros ⁸.

Nuestros padres formaban en tanto con la santidad de su vida el contrapeso de la iniquidad romana, y á los errores groseros, infames, crueles y deshonorosos de la idolatría, oponian la Religion de santidad, de verdad y de caridad, de que ellos fueron los Mártires y nosotros somos los hijos.

Roma subterránea oponia la humildad al orgullo infernal de la vieja Roma. *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* ⁹. Esta leccion del Dios de Belen y del Calvario, continuamente presente á nuestros padres en la fe, era la regla de sus sentimientos y de su conducta. « No deseamos, decian, ser reyes, ricos ni prefectos del Imperio, ni por lo mas remoto abrigamos la idea de surcar los mares para contentar una insaciable avaricia, pues estamos exentos de todo deseo de vanagloria ⁷. » Y su conducta no era mas que la

⁴ Mamachi, t. II, pág. 221.

⁵ Bisomum, trisomum, quadrisomum.

⁶ Murat. *Thesaur. inscrip.* t. IV, pág. 915.

⁷ Tertul. *Apol.*

⁸ Et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui judicatis terram. (*Psalm.* II.)

⁹ Matth. VII.

⁷ Tatian. *Orat. cont. Gent.* pág. 264.

aplicacion literal de esta noble profesion de humildad. Imitadores del divino Maestro, que se declaró siervo de sus propios discípulos, y que descendió hasta el punto de lavarles los piés, los cristianos que eran ricos, lejos de ensoberbecerse con su fortuna, se apresuraban á humillarse delante de los pobres, les lavaban los piés, iban á visitarles, les daban toda clase de pruebas de estimacion y respeto para expresar la humilde opinion que de sí propios tenían¹.

Y esta humildad, tan sincera como profunda, reinaba en todos los miembros de la jóven sociedad. Tertuliano induce á su esposa á que no vuelva á casarse con un gentil si él llegase á morir, y entre las razones que le da, coloca la costumbre general de hombres y mujeres cristianas de humillarse delante de los pobres: « ¿Qué marido gentil, » le dice, permitirá que su esposa baje á las encrucijadas y entre en » las chozas de los pobres para visitar á los hermanos y lavarles los » piés²? »

Nuestros padres atribuian á Dios únicamente todo el bien que hacian, y les ruborizaban las alabanzas³. Durante la cruel persecucion que ensangrentó las Galias, los gloriosos Mártires de Lyon fueron encerrados en una oscura cárcel; algunos de los hermanos que fueron á visitarles les dieron el nombre de Mártires porque estaban en vísperas de derramar su sangre por Jesucristo, y difícilmente se explicaria el pesar que sentian. « ¡Ah! dad ese nombre glorioso, decian, á Nuestro » Señor, el primero de los Mártires, y á los que padecieron la muerte » en defensa de la fe y están ahora en la bienaventurada patria, pues » nosotros, viles y despreciables, no lo merecemos; alcanzadnos mas » bien con vuestras oraciones la gracia de llegar felizmente al término » que forma el objeto de todos nuestros deseos⁴. »

Nuestros padres oponian una modesta sencillez al lujo desenfrenado de los gentiles, y viviendo en medio del mundo, se conformaban á los usos que no eran contrarios á la piedad ó á la Religion. Así pues, cada cual llevaba el traje adecuado á su estado y categoría: los hombres que hacian profesion de un género de vida mas austero trocaban la toga por la capa, que era el traje distintivo de los filósofos y ascetas⁵, y los que conservaban la toga tenian cuidado de dar buen ejemplo á sus hermanos con su gravedad y su modestia⁶.

Las personas de clase inferior, contentas con su condicion, no manifestaban ningun deseo de ostentacion; su traje sencillo y modesto

¹ I Tim. v, 10.

² Lib. II *ad uxor.* c. 4.

³ S. Just. *Dialog. cum Tryph.* pág. 245.

⁴ Eusebio, lib. I, c. 11.

⁵ Llamábanse así los que viviendo retirados del mundo se ejercitaban en una vida mas perfecta.

⁶ Mamachi, *Antiq. crist.* t. III, pág. 389.

expresaba el pudor de su alma y la castidad de sus pensamientos, y por nada en el mundo hubieran aceptado vestidos ofrecidos por los gentiles cuando llegaban á advertir en ellos la menor señal de supersticion¹.

Si de los trajes pasamos á los muebles, no nos admiraremos de no hallar en las casas de los primeros cristianos lujo, vanidad ni adornos indignos de la modestia y sencillez de sus costumbres; los espejos, cuadros, sillas, mesas, lechos y vasos que servian para el ornato de la habitacion y el uso de la familia manifestaban la humildad de los amos y su aversion á toda clase de fausto. Por lo demás, hé aquí cuáles eran sus principios acerca de los muebles:

« Los vasos de oro y plata, así como las piedras preciosas, son in- » útiles, pues solo sirven para deslumbrar la vista. Es tambien una » vanidad tener vasos de cristal y de vidrio elaborados con primor; » y las sillas, los aguamaniles, los platos de plata para el uso de la » mesa, las mesas de cedro, ébano y marfil, los lechos cuyos piés son » de plata ó marfil y las cubiertas de púrpura ó de otro color, son el » indicio de un alma llena de molicie y de un corazon afeminado, y » por esta razon debemos suprimirlos absolutamente. ¿Cómo hemos » de creer que el lujo y el orgullo nos son permitidos á nosotros que » seguimos las doctrinas de nuestro divino Redentor? ¿No dijo él: » Vended lo que teneis, dad á los pobres lo que valga y seguidme? » Imitemos, pues, al Señor y rechacemos lejos de nosotros esa pompa » que pasa como la sombra; poseamos lo que es justo y lo que no pue- » de quitársenos: la fe en Dios, la confesion del nombre del Señor » que padeció por nosotros, y la caridad hácia nuestros hermanos.

» ¿Acaso porque el cubo sea de barro no podremos lavarnos las » manos? ¿No podremos comer si la mesa que sostiene el pan no ha » costado lo que pesa de oro? ¿No alumbrará la lámpara si es obra » del alfarero y no del platero? Estamos en la creencia de que tan » bien se duerme en una cama modesta como en otra de marfil. Acor- » démonos de que el Señor se sirvió para comer de un plato de ningun » valor, que hizo sentar á sus discípulos y les lavó los piés; tanto era » lo que se alejaba del fausto, aunque era Señor de todas las cosas². »

De lo expuesto se deduce que los primeros fieles oponian siempre á los usos del mundo, y á los deseos desarreglados de la naturaleza, el ejemplo y las lecciones del divino Modelo. ¡Profunda filosofía del Cristianismo, que hace que la perfeccion de un Hombre-Dios sea la piedra de toque y la regla de los pensamientos, deseos y acciones de todos los demás hombres! ¿Cómo hemos de asombrarnos, pues, de que esta filosofía haya renovado la faz de la tierra?

¹ Act. SS. *Perpet. et Felic.*; S. Cypr. *De Lapsis*, pág. 122.

² S. Clem. Alex. *Pædag.* c. 3, pág. 156.

Nuestros padres oponían la templanza y el ayuno á los excesos de los gentiles. Vivir para comer, era la máxima de la vieja sociedad; y comer para vivir, el principio de la jóven. Segun este principio, nuestros padres eran sobrios en la comida y la bebida, y no solamente desconocían los excesos de la mesa que deshonraban á los gentiles, sino que les era extraño el menor esmero de la sensualidad. Mantener su vida y adquirir las fuerzas que necesitaban para servir á Dios y al prójimo, eran las reglas que presidían á sus comidas; de modo que elegían los manjares mas sencillos y mas propios para fortalecer el estómago que para halagar el paladar, estando persuadidos de que los platos delicados, en vez de alimentar al hombre, son tan nocivos para el cuerpo como para el alma ¹.

Esta prudente sobriedad que observaban en sus casas presidía igualmente á sus inocentes banquetes llamados *Agapes*. Comer juntos ha sido en todas épocas y en todos los pueblos señal de amistad, y para dar un testimonio sensible de la tierna caridad que les unía, nuestros padres se sentaban con frecuencia á la misma mesa. Preparábase una comida decente y frugal que pagaban los ricos, y á la cual se convidaba á todos los hermanos, es decir, todos los fieles de la misma iglesia, y todos comían juntos, sin hacerse entre ellos ninguna distincion. De este modo el Cristianismo, hasta en sus mas insignificantes costumbres, enseñaba á los hombres su fraternidad y su igualdad delante de Dios. Las lámparas de las Catacumbas alumbraron con frecuencia aquellas inocentes reuniones, que en la primitiva Iglesia se verificaban varias veces por semana, y posteriormente fueron reducidas á las tres épocas memorables de la vida, el Bautismo, el casamiento y los funerales ².

Es sumamente interesante la descripción que hacen nuestros padres de estas comidas eternamente célebres, y cuyo solo nombre despertó en nosotros tan tiernos recuerdos.

Tertuliano decía, al defender la causa de los Cristianos en el tribunal de la vieja sociedad pagana, que por donde quiera no veía mas que excesos y desórdenes, porque no podía vivir sin ellos: « Solo » el nombre de nuestras comidas demuestra lo que son. Se les llama » *Agapes*, que en griego significa *caridad*; por costosas que sean, ganamos siempre en ellas por el bien que nos proporcionan, pues de » este modo socorremos á todos los pobres, y lejos de portarnos con » ellos como vosotros con vuestros parásitos que se glorían de vender » su libertad para hartarse en vuestras mesas á costa de mil vejaciones, tratamos á los pobres como á hombres en quienes Dios tiene » fijas sus miradas con la mayor complacencia.

¹ S. Clem. Alex. *Pædag.* c. 1, pág. 139.

² Mamachi, t. III, pág. 150.

» Si el motivo de nuestras comidas es únicamente honesto, juzgad » de lo que pasa en ellas por el espíritu de religion que las anima. » No se tolera allí nada bajo ó que no sea modesto; nadie se sienta » á la mesa hasta despues de elevar á Dios una oracion; se come según el apetito, se bebe cuanto conviene hacerlo cuando hay castidad, y todos quedan saciados como quien debe levantarse por la » noche para orar á Dios. Despues de lavadas las manos y encendidas las antorchas, cada cual es invitado á cantar las alabanzas de » Dios sacadas de las Escrituras, ó compuestas por él mismo, y de » este modo se ve si se ha excedido ó no en la bebida. Terminada la » comida tambien con la oracion, se sale de allí, no como turbas de » gladiadores, bacantes ó libertinos audaces, sino como se había encontrado, con pudor y modestia: se sale de una escuela de virtud, » mas bien que de un banquete. Somos en nuestras reuniones los » mismos que en nuestras casas, y todos juntos como cada cual en » particular, sin hacer daño ni causar pesar á nadie ¹.

¿No es una cosa bien notable el que se hayan establecido espontáneamente estas comidas de caridad entre los salvajes de las islas de Gambier, recientemente convertidos á la fe? ¿Hay prueba mas palpable de que el espíritu de la verdadera Religion es igual en todas las épocas y en todos los climas? Oigamos á uno de nuestros misioneros: « En la misma isla de Taravai un domingo vimos llegar á » nuestros salvajes por la mañana trayéndose consigo víveres para el » día, pues querían pasarlo todo entero con nosotros. En el momento » de la comida se repartieron entre sí sus cortas provisiones con la » mayor cordialidad. Fuimos testigos de estos nuevos *agapes* con notable placer, y lo que os asombrará es, que no habíamos pensado » en encomendarles nada que se le pareciera, que lo hicieron por su » propio impulso, y que les ocurrió la idea despues de una instrucción sobre la comunión de los Santos. Estas comidas han pasado á » ser ya entre ellos una costumbre, y las llaman comuniones. ¿Cómo no se ha de regocijar el corazón del pobre misionero á cuyos » ojos se verifican estas fiestas con toda la sencillez de la primitiva » Iglesia ²? »

No bastaba á nuestros padres el abstenerse de todo exceso en el alimento: su divino Maestro ayunando durante cuarenta días en el desierto; los Apóstoles mismos ayunando á pesar de sus inmensas tareas; la carne pronta siempre á rebelarse contra el espíritu; la obligación de debilitar la vida de los sentidos para ser miembros de una religion enteramente espiritual, pero especialmente la vieja sociedad

¹ Apol. c. 38; Minut. Felix, pág. 308; *Cartas de Plinio el jóven á Trajano*, lib. X, epist. XCVIII; Mamachi, t. II, pág. 94 y sig.

² Carta de Mr. Honorato Laval, *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 56, pág. 176.

abismándose mas y mas de dia en dia en nuevos excesos que exigian una nueva expiacion : todos estos pensamientos eran para ellos otros tantos motivos para privarse hasta de las cosas permitidas. Aparte de la Cuaresma, ayunaban algunas veces por semana, y en estos dias no comian hasta despues de ocultarse el sol. « El miércoles » y el viernes, dicen Tertuliano y Orígenes, son entre nosotros dias » de ayuno solemne¹. » Para la Iglesia de Roma el sábado era tambien dia de ayuno. ¿ Hay cosa mas interesante que su origen ? « Al » gunos ancianos de Roma, escribe san Agustin, creian que la cos- » tumbre de ayunar el sábado en Roma procedia de que habiendo » ayunado san Pedro juntamente con toda la Iglesia de Roma el dia » anterior al que estaba destinado para combatir á Simon el Mago, » cuyo dia era domingo, y habiendo tenido aquel combate un éxito tan » glorioso, se ha conservado la misma práctica desde entonces². »

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber santificado el mundo estableciendo el Evangelio; haced que imitemos la humildad, la modestia y la templanza de nuestros padres en la fe.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero evitar el esmero en mis vestidos y en mis comidas.

¹ Epist. LXXXVI, pág. 146. (Véase tambien Mamachi, t. II, pág. 119.)

² Tertul. *Lib. de jejun.* c. 14; Orig. *Homil. in Levit.*

LECCION VII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Roma subterránea.

Continuemos la historia de nuestros padres sin olvidar que el secreto de su triunfo, la gloria de su nombre y el modelo de nuestra vida se hallan en sus heroicas virtudes.

Oponian la pureza de los Ángeles á las infamias de los gentiles. La sobriedad y el ayuno son los custodios de la mas amable de las virtudes; así hablan con unánime voz la razon, la filosofía y la experiencia. Á falta de otros testimonios, esto solo bastaria para establecer la castidad perfecta de los primeros cristianos; pero tenemos otras pruebas que la misma vieja sociedad nos proporciona, pues á pesar suyo se veia obligada á reconocer que el Cristianismo hacia mas castos á los que lo practicaban, y que el pudor era la virtud mas querida de nuestros antepasados.

Tertuliano, citando las mismas palabras de los gentiles, les decia : « Al hablar de tales ó cuales á quienes conocisteis, y que antes de su » conversion al Cristianismo se señalaron por una vida disipada, diso- » luta y hasta escandalosa, tratais de desacreditarles con satíricas » comparaciones que se truecan en su elogio; tanta es la torpeza del » odio. Decís : ¿ Veis esa mujer ? ¡ qué coqueta, qué provocativa era ! » ¿ Veis ese jóven ? ¡ qué voluptuoso, qué amigo era de deleites ! ¡ lás- » tima que se hayan hecho cristianos ! Y no veis que atribuíis á su » Religion la honra de su mudanza. No há mucho, añadia el elocuente » apologista, al condenar á una cristiana á ser expuesta á la infamia » mas bien que á los leones, habeis probado que la pérdida del pudor » es para nosotros un suplicio mas atroz que todos los tormentos y » que la misma muerte¹. »

Ofreciéronse en aquella época numerosos ejemplos de mujeres cristianas á quienes los jueces amenazaban, como último medio de hacer que abjurasen el Evangelio, con exponerlas en las casas de libertinaje. Mas adelante, cuando los bárbaros del Norte se precipitaron sobre el Imperio romano, hallaron en él igual amor á la angélica virtud. ¡ Qué mujeres hay entre los Cristianos ! exclamaban en su admiracion. La jóven sociedad profesaba tan tierno amor á la

¹ *Apol.* c. 3, id. sub fin.